

davía estudiantes, y si a ellos se juntaban los dos procuradores, resultaba por fin de cuentas que sólo había en el Archipiélago 92 sacerdotes disponibles para los ministerios de la Compañía. Ahora bien; según la opinión de los más prudentes, serían menester 150 sacerdotes para llevar con desahogo la carga que se había impuesto la Compañía de Jesús en aquel país (1). Tales son las últimas noticias de esta heroica provincia que he podido descubrir hasta el año 1758. Alabemos a Dios por el celo apostólico que infundía en aquellos Padres, y aprendamos a trabajar con denuedo en la viña del Señor.

(1) Archivo de Indias, 68-2-12. Consulta del Consejo de Indias del 25 de Agosto de 1757.

CAPITULO XIX

MISIÓN DE LAS MARIANAS Y CAROLINAS DE 1705 A 1758

SUMARIO: 1. En las islas Marianas persevera estacionaria la misión durante la primera mitad del siglo XVIII.—2. Primeras noticias de las islas Palaos y Carolinas y tentativas hechas hasta 1711 para convertir a sus habitantes.—3. El P. Cantova catequiza en las islas Marianas a un grupo de carolinos que desembarcaron en Guán el año 1721.—4. En 1728 se resuelve en Manila emprender la misión de las islas Palaos y Carolinas.—5. El P. Cantova con el P. Walter navega a las Carolinas y empieza la misión en 1731.—6. Es muerto por los indios el P. Cantova y cesa todo trabajo apostólico en aquellas islas. Persevera la misión de Marianas como antes hasta 1758.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Philippinarum litterae annuae*.—2. Documentos del Archivo de Indias.—3. Murillo Velarde, *Historia de la provincia de Filipinas*.—4. Delgado, *Historia... de las Filipinas*.—5. *Cartas edificantes y curiosas escritas de las misiones extrangeras*, etc.

1. Dado el corto personal de que podía disponer la provincia de Filipinas, parecía imposible que se viesen en ella aquellas expansiones apostólicas que hemos admirado en las otras provincias ultramarinas. Necesitando pedir auxilio a España para sostener lo ya adquirido, ¿cómo podía extender su radio de acción y pensar en adquisiciones nuevas? Con todo eso, no faltó en esta provincia lo que parecía ser ley general en las otras de Ultramar. También Filipinas hizo esfuerzos para conquistar nuevas tierras a Jesucristo y dilatar por islas desconocidas la luz del Evangelio. Ciertamente el fruto no correspondió a los esfuerzos; pero esto no debe dispensarnos de consignar en nuestra historia el heroísmo de los hombres apostólicos que sacrificaron sus vidas para difundir por el mundo la luz de la fe.

A principios del siglo XVIII hallábanse los indios de las islas Marianas recogidos en tres islas, Guán, Rota y Saipán. Aquella misión que había tenido un principio tan brillante en 1668, cuando el P. Sanvitores con sus compañeros bautizaban en pocos días a 13.000 indígenas, había sufrido una decadencia dolorosa

en la última década del siglo XVII. Las guerras que algunos fanáticos habían movido contra los españoles, las epidemias que se habían cebado en los indios, y más que todo, la fuga de muchos rebeldes que por no sufrir el dominio español se escapaban a otras islas lejanas, habían dejado reducida la población indígena en 1705 a poco más de 3.000 habitantes. Un centenar de españoles ponía orden en aquellas islas, y la buena diligencia del Gobernador José de Quiroga había acomodado a todos los indígenas en las tres islas que hemos indicado, donde vivían en paz protegidos por nuestros soldados y catequizados por 10 o 12 Padres de la Compañía. Era superior de todos el P. Lorenzo Bustillos, uno de los primeros fundadores de la misión, pues había acompañado al V. P. Sanvitores. Ignoramos en qué año, pero debió ser poco después del 1705, dejó el gobierno de la misión al P. Muscati y ya quebrantado por los años y las enfermedades, se dispuso para morir y en efecto expiró santamente el año 1716 a los setenta y cuatro años de su edad, habiendo trabajado en las Marianas cerca de cuarenta y ocho (1).

Ya en este tiempo habían cesado en las islas Marianas las antiguas sublevaciones y guerras, que habían causado varios mártires entre los jesuitas. Los indios estaban todos convertidos y bautizados y el trabajo de los Padres se reducía a conservar en la fe y buenas costumbres aquel rebaño de pobres indígenas que habían traído al redil de la Iglesia. Sencillo nos parece hoy este trabajo; pero no dejaba de ser muy difícil y penoso, atendida la condición de aquellas islas tan separadas de todo comercio humano y tan faltas de muchos elementos indispensables para la vida. El P. Murillo Velarde nos ha dejado una descripción interesante de lo que era la vida de un misionero en las Marianas. Creemos que la verán con gusto nuestros lectores.

«Cesaron, dice, las persecuciones en Marianas, quedando del todo pacífica la tierra. Ya se acabaron las persecuciones de los gentiles, pero aún no faltan persecuciones. No se acabaron los martirios, sólo se han mudado. Antes eran por muerte, ahora son de por vida. Antes eran sangrientos, ahora son sin sangre, pero muy prolijos. Hago juicio y lo tengo por cierto, que en la universal Compañía no hay misión más difícil, por el gran desamparo

(1) Véase el breve elogio que de él hace el P. Murillo Velarde, *Historia de la Provincia de Filipinas*, l. IV, c. 28.

en que está y por la gran soledad que padece. Casi todo cuanto se necesita para una vida humana medianamente política, de vestir, comer y otros menesteres, se lleva de Manila, de donde va todo el avío de dos en dos años. Y si el patache no arriba o se pierde, pasan tres o cuatro años sin socorro. Todos los años surge allí dos o tres días el galeón de tornaviaje de Acapulco, y si hay arribada o pérdida, están dos o tres años sin este corto alivio. Pasado esto, no hay más socorro, más noticia ni más comunicación con el resto del mundo. Pero nada llega a Rota, distante bastantes leguas de Agaña. Sólo una vez sale de allí el ministro para reconciliarse en Guán, va y vuelve con incomodidad, con peligro y con susto. Se encierra en su isla como en una prisión, cuyas llaves están en manos del mar y del viento, inexorables a toda piedad.

La tierra es estéril, el cielo melancólico, el viento y el mar a temporadas furioso, horrible y formidable. Sólo en ciertos monzones se ve su aspecto apacible. La gente es poca, bárbara y bozal. Nadie sale de allí, nadie pasa por allí, no hay noticias ni del resto del mundo, ni aun de aquel pequeño rincón del mundo. Si al ministro le da una enfermedad, ¿quién le curará, quien le socorrerá en un accidente, quién le sacará de una duda que se le ofrezca, quién le consolará en un escrúpulo, aflicción o melancolía, quién le asistirá en la muerte? No hay desierto ni yermo en la Nitria ni Tebaida, que sea comparable a esta soledad... El año de 1713 aportó a Guán Fr. Florentin Bourges, misionero capuchino que había visto las misiones de Chile, Paraguay y el Perú, y edificado de la cristandad de los isleños y del trabajo de los ministros, dice: Sólo un celo encendido de la salvación de las almas, pudiera mover a aquellos varones apostólicos a emprender la conversión de estos bárbaros y a consagrar lo mejor de su vida en estas islas separadas del resto del mundo, que puede pasar por un horrible destierro. Y no obstante los vi más contentos que si estuviesen en el mejor país de Europa. La gracia de la vocación convierte en paraísos los yerros. Así sucedió a San Francisco Javier, al V. P. Marcelo Mastrilli y a los demás que venimos por Dios y no por intereses caducos como los mundanos» (1).

2. Tal era el estado de la misión en las islas Marianas, cuando a consecuencia de un nuevo descubrimiento despertóse

(1) Murillo Velarde, *Historia de la Provincia de Filipinas*, l. IV, c. 22.

el celo de nuestros Padres en Filipinas y se lanzaron a una empresa difícil y arriesgada. En 1686 el piloto Francisco Lazcano encaminándose de Acapulco a Manila, al acercarse a las Marianas dirigió el rumbo más al Sur y tropezó con una isla, a la cual llamó Carolina, por respeto al soberano Carlos II que entonces imperaba en España. Este nombre se aplicó después a todo el Archipiélago de islas diminutas que están sembradas en el océano entre 6 y 10 grados de latitud boreal y 135 y 160 de longitud oriental del meridiano de Greenwich.

Diez años después, en 1696, una barca cargada de indios palaos fué arrastrada por los vientos hasta la isla de Sámar y se acercó al pueblo de Quiguán, administrado por un Padre de la Compañía. Cierta indio cristiano que vió acercarse la barca, arrojóse a nado y llegóse hasta los náufragos invitándoles a saltar en tierra. Receláronse ellos naturalmente, pero asegurados por el indio que les mostraba cariño y por señas les indicaba el regalo que hallarian en tierra, dejáronse al fin convencer y habiendo desembarcado, fueron conducidos a la presencia de nuestro misionero. Este los recibió con muestras de mucho amor, les dió de comer y algunos vestidos de que estaban muy necesitados. Poco a poco ganó la confianza de ellos y medio por palabras, medio por señas, les pidió noticias de las tierras en que habitaban. Satisficeron los indios a la curiosidad del jesuita y le dieron a entender, que empezando a tres días de navegación hacia el Oriente de Sámar, se hallaba un grupo de islas, cuya posición indicaron poniendo piedrecillas en el suelo. Eran las islas 87 y en algunas había bastante población.

Acertó a pasar por Quiguán en aquellos días el P. Pablo Clain, que era socio del Provincial en Filipinas. Este, tratando con los indios recién llegados y entendiendo las noticias que daban de aquellas islas, redactó una relación que dirigió a nuestro P. General Tirso González. Algún tiempo después esta relación traducida al italiano fué presentada al Sumo Pontífice Clemente XI. Dió golpe así en Roma como en Madrid la noticia de haberse descubierto 87 islas nuevas. No se imaginaron lo pequeñas e insignificantes que eran muchas de ellas, pues no estaban pobladas, y no sabemos quién, les había impuesto el nombre de *Islas de los Garbanzos*, porque le habían parecido un puñado de garbanzos desparramados en la superficie del océano.

Clemente XI escribió a Luis XIV y a Felipe V procurando

interesarse en la reducción de aquellas islas, donde pensó que se podría establecer una lucida cristiandad. No sabemos si Luis XIV dió algún paso en este negocio. Parece que lo encomendó a su nieto Felipe V, pues por estar las islas descubiertas a poca distancia de Filipinas, era natural que fuesen socorridas desde esta colonia española (1). Nuestro Rey Felipe V tomó el negocio más en serio. Hallábase en Madrid por aquel tiempo el P. Andrés Serrano, negociando una expedición de misioneros para Filipinas, como ya lo indicamos en el capítulo anterior. Este solicitó procurador pidió el favor de Su Majestad, para acometer la conquista espiritual de las Carolinas. Dióselo muy cumplido nuestro Monarca en cédula real que a 19 de Octubre de 1705 despachó al Virrey de Méjico y a las autoridades civiles y eclesiásticas de Filipinas. Mandaba que aprontasen una embarcación para transportar a Carolinas nuestros misioneros. Disponía que les acompañase una buena escolta de soldados, que se entregasen 2.000 pesos al procurador de nuestra provincia de Filipinas para preparar la expedición y encargaba que todos los años al transportar el situado de Manila a las Marianas, tocase la embarcación en las Carolinas, llevando los subsidios necesarios a la nueva misión que allí se había de fundar (2).

Con tan buen despacho de nuestro Rey animáronse los Padres de Filipinas. Por Marzo de 1708, el Gobernador del Archipiélago, D. Domingo Zabálburu, previno una galeota fuerte y capaz, en la cual se embarcaron los PP. Antonio Arias y José de Bobadilla con el H. Francisco Aguarón. Llevaban 25 soldados de escolta. Al pasar por las islas Bisayas se les juntó el P. Francisco Cavia. Cuatro meses navegaron por aquellos mares, y como dice el P. Murillo Velarde, «anduvieron arando el mar por varios rumbos», pero no dieron con la tierra deseada. Cansados de tan infructuosa navegación y escaseando ya el agua y los víveres que llevaban, hubieron de volverse fatigados y melancólicos a Filipinas. Poco después llegaron extraviados al pueblo de Palápae varios indios palaos, entre los cuales se distinguía uno, llamado Moac, quien llevaba en su compañía a su mujer, a dos hi-

(1) Todos estos pormenores sobre el descubrimiento de las Carolinas los tomanos de la Historia citada del P. Murillo Velarde, 1. IV, c. 23. El P. Delgado confirma las mismas noticias (1. I, c. 34), que debió tomar en buena parte de su antecesor, de quien copia párrafos enteros.

(2) Véase el texto de esta cédula en Murillo Velarde, *ibid.*

jos y a dos esclavos. Este suceso reanimó el celo de nuestros Padres. Aquellos indios fueron trasladados a Manila, donde el Gobernador los vistió y obsequió con mucha liberalidad. Al instante se dispuso otra expedición compuesta de los PP. José de Bobadilla, Pedro de Estrada, Felipe Mesía y el H. Aguarón. Tampoco tuvo fortuna este segundo conato. Los navegantes hubieron de padecer desde Abril hasta Octubre de 1709 las innumerables penalidades que se padecían antiguamente en estas navegaciones aventureras y que pueden verse descritas por el Murillo Velarde (1). Al cabo hubieron de volverse a Manila sin haber descubierto nada.

Por aquellos días llegó de Europa el P. Andrés Serrano con el lucido séquito de misioneros que había negociado en Madrid. Al instante se dedicó a preparar una expedición para las Carolinas. En 1710 por Setiembre, salieron a la mar un patache y una balandra. En el patache iban los PP. Diego Duberón y José Cortil con el H. Esteban Baudin. Todos tres eran franceses y parece que encaminándose a China quisieron de paso ejercitar su celo en esta nueva misión. En la balandra se embarcaron el P. Andrés Serrano y el P. José de Bobadilla. Al poco tiempo perdióse la balandra cerca de la costa de Palápac y fué providencia de Dios que los dos Padres pudiesen salir a tierra. El patache, mandado por D. José de Padilla, tuvo mejor fortuna, y en el mes de Noviembre dió vista a la isla de Sonsorol, que los Nuestros llamaron de San Andrés. Los dos Padres quisieron saltar en tierra y probar fortuna con los salvajes. Veamos lo que sucedió en la sencilla narración que poco después mandó el H. Baudín al Padre Serrano (2).

«Sabrá V. R., dice, que a los 30 de Noviembre, cuando menos pensábamos, porque nuestra derrota era para la Nueva Guinea, fué Dios servido que descubriésemos dos islas pequeñas, llamadas Sonsorol, pertenecientes a las Palaos, que llamamos de San Andrés, por haberlas descubierto en su día. Vino gente de tierra con sus embarcaciones a bordo y los recibimos con mucho consuelo de nuestras almas y los regalamos con algunas cosillas. Es

(1) *Ibid.* Copiado por el P. Delgado, 1. I, c. 34.

(2) La carta del H. Baudin está copiada textualmente por el P. Murillo Velarde (*ibid.*). Además puede consultarse la Relación en forma de Diario de esta expedición que redactó el piloto José Somera y que fué publicada en las *Cartas edificantes y curiosas*, t. VIII, p. 239.

gente muy alegre y de lindo talle y tan cariñosos, que a todos nos querían meter en su corazón. Fué la lancha armada a tierra con Moac y su hijo por intérprete y el piloto Roque Bautista (1) a buscar puerto. Estando la lancha cerca de tierra, fué mucha gente, hombres y mujeres y muchachos a convidarles que saltasen en tierra y Moac les aseguró que podían saltar y saltó parte de la gente. Fueron recibidos con tanto cariño, que no consentían que pusiesen los pies en tierra, sino que los cargaban en peso y los llevaban hasta la casa de su principal. Luego que éste los vió, se levantó de su asiento, los abrazó a todos, les besó los pies y las manos y les dieron tuba de coco, rima, pescado, cocos y algunos petates muy finos y todos con grande regocijo gritaban Dios, Dios. Volvió la lancha al patache con tan buenas nuevas y el día 4 de Diciembre se embarcaron los PP. Duberón y Cortil. Salió la lancha armada. Iban un piloto mallorquín, el alférez con el estandarte del Rey, el contra maestre Daniel Bagatín, Moac con su mujer y sus dos hijos, de suerte que por todos eran 16 personas.

El patache no se pudo acercar hasta saber si había puerto y dónde estaba, y así se quedó barloventeando cuatro días, en que las corrientes lo fueron desgarrando mar afuera y se imposibilitó el coger las islas de San Andrés. Entró un vendaval que lo llevó a 11 de Diciembre a vista de las islas grandes de Panloc o Palaos, que están más de cuarenta leguas de las de San Andrés y vimos en bastante distancia como siete islas grandes. Es tierra muy alta y larga, distan del Cabo del Espíritu Santo ciento ochenta leguas. Su situación está en 7 grados y algunos minutos de latitud y 153 grados de longitud desde el meridiano de Tenerife.

Llegado el patache a Panloc, se juntaron varias embarcaciones y por más señas que hicimos llamando a los indios, no querían llegar a bordo, hasta que se animaron tres de ellos y habiéndolos agasajado y regalado, dos se ofrecieron a guiarnos al puerto. Pero luego se echaron al agua y se fueron a su embarcación, y luego que se hallaron en ella, nos empezaron a tirar lanzas y flechas en agradecimiento de lo que se les había regalado. Cuatro flechas cogimos del costado del patache y la una se sacó del pie de San Francisco Javier que está pintado en la popa. Mandó el

(1) Era el segundo piloto, como se ve por el diario citado de Somera.